Carta de México

El conflicto del Golfo en la mentalidad mexicana

A los pocos días de que las fuerzas aliadas empezaran el bombardeo sobre Irak como respuesta a la anexión de Kuwait por parte de Hussein, fuí a Xochimilco a comprar unas plantas para el patio de mi casa. Xochimilco es un pueblo en los alrededores de la Ciudad de México, famoso por sus canales y jardines flotantes llamados «chinampas». Desde tiempos prehispánicos la población se ha dedicado al cultivo de flores y verduras para el consumo de la capital. Actualmente, ese lugar es el único en todo el valle de México que puede ser considerado una memoria viva del patrón urbano de la vieja Tenochtitlan. Como es sabido, la ciudad azteca fue construida sobre el lago de Texcoco con un sistema de islotes comunicados por canales. Estos islotes eran creados en el lago con troncos de árboles y tierra que traían desde la orilla. De ahí que en algunas de las crónicas del descubrimiento, Tenochtitlan aparezca como la Venecia del nuevo mundo. De manera semejante, los pobladores de Xochimilco crearon sus parcelas para el cultivo en la laguna con el mismo nombre.

Pues bien, mientras compraba unas cuantas azaleas y dos o tres rosales, el vendedor, hombre humilde con rasgos mestizos que escuchaba *rock* en la radio, me dijo «que Hussein era el Cuahutémoc del pueblo árabe» y que sin duda, «su ejército le iba a dar en la madre a Bush». Sin querer entrar en mucha discusión, le dije que se trataba de otra cosa, y le expliqué algunas de las razones por las que consideraba la guerra justa, aunque por principio esté a favor de la resolución de los conflictos internacionales por la vía del diálogo diplomático. Me respondió diciendo: «Póngale bigotes a Cuahutémoc y verá cómo es Hussein. ¿Es usted judío, español o gringo?». Pagué las flores y de regreso a casa me pregunté sobre la fascinación que causaba en gran parte de los mexicanos la figura del dictador iraquí.

En primer lugar, creo que esta fascinación se debe ante todo, más allá de cualquier análisis razonable, a una identificación física. El vendedor de plantas de Xochimilco se identifica con Hussein porque identifica a éste con Cuahutémoc, último emperador azteca, héroe de la mexicanidad que desde luego excluye todos los otros ingredientes que conformaron nuestra nacionalidad (lo maya, lo zapoteca, lo tarasco, lo europeo, lo árabe, lo judío, lo negro, lo asiático, etc...), es decir, la idea de una identidad plural. Siguiendo este raciocinio identifica por lo tanto, al señor Bush con Hernán Cortés. Desde luego, esta serie de identificaciones está muy lejos de la realidad y opera sólo en el mundo imaginario, a pesar de que este último surja de un vínculo con lo real.

En segundo lugar, creo que esta fascinación a la que me refiero, se debe como derivación de la primera, a una psicosis antinorteamericana. Por principio, gran parte de los mexicanos se oponen a cualquier determinación norteamericana, sea ésta justa o injusta, es decir, se oponen acríticamente. Desde luego, existen motivos históricos que no merecen la pena recordar aquí, pero también este fenómeno es consecuencia de una retórica mantenida por ciertos sectores del Estado. A su vez el antinorteamericanismo mexicano tiene una relación estrecha con el antiespañolismo generado desde la independencia. Incluso me atrevería a decir que el primero es una consecuencia del segundo. Ambos, además, operan también en el sentido opuesto, es decir, con amor y admiración hacia los dos interlocutores más importantes que ha tenido el país. La relación ambigua de los mexicanos con los norteamericanos tiene más de un paralelo con la relación que tuvo España con Europa, especialmente con Francia e Inglaterra, resuelta en gran medida ahora, con la integración de la península al mercado común europeo. Tanto en el caso mexicano en su relación con Estados Unidos,

como en el caso español en su relación con el resto de Europa, el conflicto tiene raíces en la oposición Reforma-Contrarreforma. Tanto España como la Nueva España fueron, durante los siglos XVI y XVII, los centros económicos, culturales y políticos hegemónicos de sus respectivos continentes, y ambos reinos unidos y gobernados por una misma dinastía, representaron la otra alternativa, como civilización, a las potencias surgidas con la reforma. Además habría que señalar, por las mismas causas, y en relación recíproca, que el antiespañolismo de las potencias europeas y el antimexicanismo de los Estados Unidos fue generado simultáneamente en ambos continentes con la «leyenda negra» para destruir la hegemonía imperial. Si España junto con Portugal son el origen de la Europa moderna —y si entendemos como moderna en un sentido amplio, la era histórica que surge con el Renacimiento—, México, es decir, la Nueva España, es el origen de la América moderna, aunque esta modernidad, por sus características contrarreformistas, haya sido singular. Hay que recordar que fue en la Nueva España, en el continente americano, donde se fundaron las primeras imprentas, universidades, hospitales y centros de conocimiento, y donde se crearon las primeras instituciones políticas y religiosas fieles a la imagen renacentista.

El tercer motivo de la atracción de algunos mexicanos por la figura de Hussein es el antisemitismo que caracterizó al mundo hispánico durante tantos siglos, alimentado desde luego por la iglesia católica. A pesar de que las comunidades judías emigradas de Europa a México en este siglo no han sufrido la discriminación que se ha dado en otras partes del orbe, y que estas comunidades en menos de cincuenta años han logrado un poder económico y cultural extraordinario, en algunos artículos de la prensa mexicana han aparecido aquí y allá algunos comentarios que reviven el antiguo prejuicio católico. La pregunta del floricultor de Xochimilco sobre si yo era español, norteamericano o judío es reveladora. Las tres categorías reflejan el pavor de este hombre hacia *lo otro*, (*lo otro* del catolicismo, *lo otro* del mundo precolombino y *lo otro* del México del siglo XX), aunque ese *otro*, forme parte de su ser conflictivamente.

Esta atracción por Hussein también es consecuencia de una reminiscencia feudal que ha caracterizado a nuestras culturas. La atracción por el dictador iraquí funciona de la misma manera que ha funcionado la atracción por todos los dictadores de la historia, ya se llamen estos, Franco, Mussolini, Hitler, Stalin, Fidel Castro o los gobiernos militares de los países latinoamericanos. Y digo reminiscencia feudal, ya que si bien, tanto España como la Nueva España surgen como reinos bajo el designio del Renacimiento, una gran parte de la población en el siglo XVI en ambas partes del Atlántico, vivía todavía sumergida en el medievo (ver por ejemplo, la crítica que hace el Padre Feijoó a las supersticiones medievales en pleno siglo XVIII). En el continente latinoamericano el feudalismo sobrevivió durante los tres siglos de gobiernos virreinales y unido a las ideas de emancipación acuñadas en la Ilustración emergió triunfante con la independencia de algunos de nuestros países. Un ejemplo sería la fragmentación de Centroamérica en pequeñas repúblicas y las conflictivas luchas que han perdurado en ellas durante los dos últimos siglos.

Desde luego se puede argüir que no se pueden hacer generalizaciones a partir de una anécdota como la que cuento. Sin embargo, una parte importante de los comentaristas de algunos periódicos de la Ciudad de México, han tenido la misma actitud que el simpático floricultor ante el conflicto en el Golfo Pérsico. Y lo más sorprendente de todo, es el hecho de que estos comentaristas hayan tenido coro en las universidades, en las oficinas, en los comercios y en las mansiones de las rancias burguesías tradicionales. Al comentar esto con el escritor José de la Colina, me dijo que esta misma atracción colectiva por parte de muchos sectores de la sociedad mexicana, incluyendo algunos intelectuales, por la figura de un dictador invasor, se había dado en el país durante el nazismo, a pesar de que el gobierno mexicano tomó partido por los aliados y dio asilo a muchos de los perseguidos durante la segunda guerra mundial.

Manuel Ulacia